

LA RESPUESTA A LA DIVERSIDAD EN LA ESCUELA, UN NECESARIO EJERCICIO DE SOLIDARIDAD Y CONVIVENCIA

José J. Carrión Martínez
Universidad de Almería

Seguidamente voy a tratar de compartir contigo que empiezas a leer esto, algo que pretendo tenga una fuerte carga de comunicación humana, que supere los tics pedagógicos, y mucho más, los *empeños técnico-didácticos*. No sé si esto debería ser una comunicación en un cónclave científico-pedagógico, otro de los cientos que proliferan cada día, y que todos, incluido el que escribe, contribuimos a que ello sea así, en los cuales se intenta cada vez más hacer de la educación un producto tecnológico que hará que la *escuela muera*, pero si sé que pretendo darte traslado de una reflexión y un impulso profundamente humano -todo a sabiendas de que algunos próceres de la ciencia utilizan el término humanista como atributo despectivo, con lo que seguramente esconden su incapacidad para acercarse a los hechos humanos. No pretendo hacerte llegar un conocimiento surgido de la avidez lectora, del cóctel teórico, o de un saber empírico producto de la búsqueda dirigida y controlada -la idolatrada investigación que pretende sustituir los valores y el pensamiento en un mundo preñado de ellos como es la educación-, por ello te pongo sobre aviso, me voy a permitir la licencia de no citar, de pensar, de perder el miedo a que las palabras sean inteligibles para la mayor parte de aquellos que tengan interés en entenderlas, de no buscar el *asilo intelectual* cada vez que se intente decir algo que pueda ser objeto de discusión, para hacer honor a la verdad solo una referencia, en mi favor porque no decirlo, que me llamó la atención hace un varios años cuando un conjunto de autores (Contreras Domingo, Fernando Hernández, Puig, Trilla, Rué y Jaume Carbonell) en un artículo firmado conjuntamente señalaban como uno de los “rasgos inequívocos del conocimiento académico predominante”, entre otros, el que éste, “es a la vez un reconocimiento del trabajo de otros autores sobre el que se asienta el propio, y un ritual de citas en el que parece no aceptarse con facilidad el trabajo original” (AA. VV, 1996). Quede claro que con esta cita no pretendo insinuar que esta reflexión tiene valor singular, ni incluso valor original, sino simplemente que es un esfuerzo por introducirse en cuestiones educativas sin la persecución de los patrones pseudoempíricos o el aval de las referencias de otros.

En un tiempo relativamente corto, varios cientos de años, pero al fin y al cabo corto con relación al devenir cultural humano, se ha pasado de negar el ser a los diferentes, del rechazo y la ocultación de aquellos que no respondían al canon de la normalidad,

sin olvidar la feroz empresa de exterminio que en ocasiones se ha desarrollado en la historia de la humanidad, moneda de cambio frecuente en lo que consideramos épocas remotas pero no tan alejada de la realidad de nuestro tiempo -holocausto judío y los balcanes son realidades bien cercanas espacial y temporalmente-, hasta el discurso de la diversidad, incluso con tintes postmodernos no siempre alentadores, ya que parece que algunos al amparo de la diversidad pretenden imponer el *todo vale*. Pero cabe preguntarse hasta donde ha calado tal discurso tanto en sus vertientes sociales, como en el plano que más nos atañe, es decir, en la escuela; hasta qué punto se ha desarrollado un escenario donde tal discurso sea algo más que un principio halagador de oídos que en ocasiones sólo se apuntan a la última moda axiológica, y en ocasiones lo practican como un exponente de marginación¹ tan potente como la exclusión y el rechazo pero más refinado que aquella, más farisaico. La verdad es que creo que la cuestión no es nada sencilla, pero también se puede señalar que son importantes los indicios que apuntan en la dirección de que se siguen sosteniendo discursos de competitividad y de calidad incompatibles con la respuesta a la diversidad en contextos educativos; es en consecuencia, necesario dar un giro no cuantificable, como todo lo humano, pero si sea perceptible, también humano, en el discurso pedagógico de la respuesta educativa a la diversidad. Hay que romper con la inercia que intenta validar la acción educativa desde los parámetros de la competitividad y /o de la calidad, hay que luchar por implantar en la escuela la solidaridad no como valor para practicar en el futuro, sino como apuesta presente, hay que descarnar sin miedo sus consecuencias. Lo que no se puede ni se debe es seguir buscando la *cuadratura del círculo*, mantener una escuela academicista, instructiva, competitiva o intentar acoger en ella la diversidad con estrategias técnico-didácticas, simplemente no se puede, se genera con ello engaño y frustración en muchos. Es preciso saber donde se está y luchar por ello, no seguir invirtiendo energías en lo imposible e inadecuado: la escuela como un necesario espacio de convivencia solidaria para el desarrollo humano no es compatible con la escuela heredada.

Con respecto a los citados discursos de competencia y calidad, subyacentes unas veces, explícitos en otras muchos, me parece oportuno realizar una *parada* para evidenciar en qué medida son realmente promotores o incompatibles con la atención a la diversidad en el proceso educativo. A este respecto, quiero destacar que el haber unido en un mismo *nivel* el discurso de la escuela como entorno de formación competitiva y el de la escuela como escenario de una educación de calidad, no es un fenómeno producto del azar ni de la falta de criterio, aunque éste pueda ser discutible, dado que sostengo la tesis de que la interpretación que se está haciendo del discurso de la calidad no es más alentadora que la anterior y en muchos casos todavía vigente apuesta por la preparación competitiva.

¹ Estamos rodeados de evidencias en las que el reconocimiento del diferente, con el atributo implícito de la desigualdad es una refinada manera de reafirmarse en una posición de jerarquía en donde la solidaridad no deja de ser algo más próximo a la caridad que al valor que en ese término dice encerrarse.

Empecemos con el discurso tradicional, reconocido en más o en menos, pero casi siempre presente, de la escuela como academia preparadora de la vida, regida por una especie de darwinismo escolar en donde el fracaso se resuelve en instancias personales e individuales antes que en las sociales o profesionales, no parece que deba emplearse demasiado esfuerzo en analizar la profunda incompatibilidad entre ese tipo de escuela, la más abundante, y la diversidad humana. En ella, simplemente el fenómeno de la diversidad se aborda desde la competición y selección escolar, ni espacio de convivencia, tan solo reunión académica, funcional para los fines perseguidos y nada más, ni solidaridad; como mucho espacios alternativos de beneficencia escolar -centros especiales, aulas especiales, agrupamientos homogéneos por niveles de aprendizaje... Resulta indicativo enumerar estos referentes, sin olvidar la continua llamada a las medidas de no promoción o la potenciación de los currículos más academicistas -reciente reforma de la humanidades -, porque sirven para denotar la enorme fuerza de un pensamiento educativo que algunos -¿ingenuos?, ¿ignorantes?...-piensan superado, o al menos emplean su tiempo y esfuerzo intelectual de forma cada vez más alejada de los problemas reales, siendo casi imposible que sus aportaciones tengan la menor plausibilidad para los llamados a desarrollarlas.

Lo más notable del anterior pensamiento es lo resistente que se hace entre los principales responsables de promover su modificación, es decir, los profesionales de la educación, y lo que resulta más paradójico y grave, como numerosos individuos provenientes de la discapacidad y/o de la marginalidad cuando consiguen salir de ella en esa batalla darwinista a la que se enfrentan con graves handicaps de partida, se apuntan rápidamente a ello. Incluso el discurso de algunos movimientos sociales en pro de la igualdad y la solidaridad, pide herramientas para competir en igualdad de condiciones, pide solidaridad para ser igual de competitivos; no se atreven, no lo ven o no quieren, emprender una vía más *revolucionaria* que es la de luchar por pervertir el discurso de la competitividad. Mientras sea éste el predominante, no habrá igualdad, la discapacidad cargará con su peso en contra y las situaciones de desventaja social y cultural se mostrarán con toda su fuerza en la escuela. Lo que hagamos en ese contexto no tendrá más valor que el que tenían los ungüentos medievales para sanar las infecciones en su época, o cambiamos la escala de valores dominantes en la escuela, o nos dedicamos, como se hace, a parchear tecnológicamente la desigualdad.

Con respecto al discurso de la calidad como principio rector de la actividad escolar, no voy a ser el que descubra sus falacias y engaños, numerosas y autorizadas voces ya lo están haciendo², poco a añadir por una modesta opinión, pero sí resaltar el endemoniado maridaje con la instrucción que se viene haciendo, y al que diversas investigaciones de corte muy diferente viene contribuyendo. Tratar de demostrar la calidad

² Tan conocidas y relevantes son que no voy a caer en la tentación de romper mi promesa de no citar, el que quiera que busque.

de una escuela para todos, en la que todos tengan cabida, concebida como un necesario espacio de convivencia solidaria, eje de la maduración de la persona, precursora de unos valores en peligro de extinción y con escasos o nulos espacios para su práctica posterior, a partir de buscar evidencias empíricas de su calidad en base a parámetros eficientistas, alejados del valor intrínseco de la institución en el desarrollo humano, tratando de ahogar la evidencia de que los rendimientos son diferentes y porqué no decirlo, desde los parámetros tradicionales puede que *menores*, es casi una *locura*, otra vez, simplemente, ese no es camino. No es el enfoque para una escuela de todos, no podemos compararnos con una escuela selectiva, instructiva y académica, utilizar las reglas de comparación de ella y encima salir satisfechos, son otros los parámetros que debemos sustentar, hay que rechazar esa comparación, porque es falaz, sesgada y tendenciosa, si no compartimos proyecto no podemos comparar. Es cierto que hay que entender las *angustias sociales* en un momento de inversión de valores, hay que buscar caminos de transición hacia la escuela como institución de convivencia, pero ello no puede llevarnos a la peor de la trampas, a la de comparar, a la de ofertar una calidad que no persigue. No, nuestra calidad debe ser otra, la del ser formado y maduro, crítico y solidario; no a la calidad como indicadores clásicos de rendimiento, así no habrá estrategias metodológicas, ni organizativas, ni de ningún tipo que permitan la respuesta a la diversidad, que no es otra cosa que la vida en estado natural dentro de la escuela. Es necesario un verdadero impulso para detener ese modelo de validación de las estrategias de atención a la diversidad, los valores que la sustentan deben imprimir al resto de acciones, sin miedo, sin cejar en ese empeño, de lo contrario, como bien se observa, el camino de involución educativa está servido, porque no se puede competir en la competitividad, sino en el terreno de la necesaria formación moral considerada ésta en sus términos más amplios y positivos.

Una vez rechazados los marcos de la escuela para la competencia y la escuela basada en el discurso de la calidad como referentes válidos para el desarrollo de una escuela que atienda la diversidad, entonces, cabe preguntarse, no sin cierta angustia o desazón, cuáles son los referentes que nos pueden conducir a una verdadera escuela en, de y para la diversidad. La respuesta es tan sencilla, como compleja, todo consiste en subvertir el orden establecido en las instituciones educativas, y aunque en principio pueda producir alarma en el lector, es así. Hay que subvertir el orden real de valores, lo cual por otra parte no es nada nuevo ni especialmente creativo, sino que se trata de llevar adelante principios, alguno de los cuales estaban presentes, que no vigente, en la ya vieja escuela nueva, pero que si entonces era el producto de un impulso casi visionario, hoy resultan ser una necesidad vital, ya que si bien, la escuela no murió, cuando alguien dijo que había muerto, *va a morir* sino se produce esa subversión de valores.

En adelante habremos de emprender una especie de cruzada si queremos que eso no resulte una especie de profecía que muchos empezamos a compartir desde la visión del quehacer diario, que no desde anuncios visionarios.

Cuando hablo de subversión de valores asumo el riesgo del rechazo apriorístico que tales expresiones generan en nuestra acomodada sociedad, pero no se alarmen, o si quieren alármense, pero en todo caso no se trata de luchar o generar batallas estériles,

se trata de la *batalla* para que los valores dirijan la escuela, más allá de ser un ornamento en los documentos institucionales. Se trata de que el entorno social y escolar se posicionen en los valores que demandamos para la escuela, y no ahogue a la propia institución con demandas contradictorias e imposibles de atender simultáneamente. ¿Qué hacer?. Algo sencillo, defender la institución, incluso en lo físico-espacial, como lugar de convivencia, de obligada convivencia, lejos de las modas de las ONGs, traigamos el espíritu de éstas al ámbito de los tramos obligatorios de la educación, no lo dejemos para el tiempo libre o la ocupación del ocio, asumamos esa responsabilidad si queremos, de verdad, asumir una escuela en, dese y para la diversidad, asumámoslo si queremos ir contra la *profecía* de que la *escuela va a morir*. Es en la necesidad de un espacio de convivencia como herramienta imprescindible del desarrollo humano donde podemos encontrar el ser futuro de la escuela, como academia, como escuela instructiva, será sustituida, los medios para ello ya existen, solo será una cuestión de oportunidad el efectuarlo. Sólo si creemos en la necesidad de la interacción humana, no virtual, en la necesidad de compartir, de rozarnos, de hablarnos, de sentirnos cerca, la escuela tendrá sentido, si no en un futuro que no me atrevo a temporalizar, alguien, desde un mundo virtual mostrará como sus antepasados osaban reunirse en unos espacios ancestrales para aprender, ¡que atraso! podrían decir, con lo fácil y aséptico que es el mundo virtual. Vivamos la escuela como necesidad de vida, como mundo real y no morirá. Miremos hacia ella misma, no hacia sus funcionalidades académicas, en ese valor está su futuro.

Pero para una transición desde la escuela como institución instructiva, donde el grupo se reúne como la forma más eficaz y económica de promover cultura en la modernidad, hasta una escuela como espacio de convivencia en la diversidad, no darwinista, no depredadora, es preciso someterla a la *dicadura* de unos nuevos valores, en especial al de la solidaridad. La diversidad no es posible como fenómeno real en la escuela sin un serio ejercicio de solidaridad recíproco, multidimensional y de todos para todos. Lo hecho hasta ahora solo ha mostrado incoherencia y contradicciones por la falta de asunción de que la diversidad exige solidaridad expresada y asumida por las partes, y en el ejercicio de la solidaridad no se pueden introducir criterios de valoración de la cantidad aportada, lo importante es el valor en sí, el fin. Hay que mostrar desde el principio que el no ser iguales va a conllevar distintos esfuerzos, que no siempre estarán presididos por la proporcionalidad a la hora de obtener recompensas -criterios eficientistas-, que así mismo una escuela como reducto importante para cambiar la vida, que no se asume como preparadora de una vida que nos condena a la desigualdad, y esto no supone en absoluto asumir discursos utópicos o redentoristas, pero si implica el esfuerzo para que la lejanía de la utopía no nos conduzca a la renuncia y al entreguismo. Supone la lucha real por lo que desde múltiples instancias se vende y se difunde, supone asumir que la solidaridad tiene un coste, a veces importante, y hay que expresarlo de forma explícita siempre. También hay que dejar muy claro no sólo que esta escuela no puede competir con la tradición académica, sino que tampoco aquélla puede competir con la escuela de la convivencia y la solidaridad; que mientras la tradición tecnológica está llamada a sucumbir porque otra tecnología más eficaz y competitiva, de más calidad y menor coste la sustituirá, la convivencia y la solidaridad no pueden ser sustituidas,

tienen que vivirse, y en eso la escuela podrá ser, si sabe autorregenerarse en esa dirección, un lugar privilegiado de educación *ecológica*, si no sobrevive de forma generalizada, podremos, al menos, ofrecerla con la marca de *biológica o ecológica*, porque será la auténtica y no más cara, ni menos comercial. dado que la otra posiblemente haya dejado de existir en un día por cuya fecha no quiero apostar, pero que como decía anteriormente sólo una cuestión de coste de oportunidad será lo que decida su hipotético final.

Terminar diciendo que aquí o en otra parte, pero siempre que podamos, hay que reclamar un compromiso más activo con el proyecto de escuela que seguro muchos compartimos. Hay que sobrevolar por encima de la pedagogización de la escuela, y en ello incluyo tanto los debates y fundamentos de corte psicológico como sociológico, estériles en sí mismos, lejanos de la realidad, ajenos a la defensa de un magnífico instrumento, como lo es todo un sistema educativo, lleno de recursos y organizado, que nos puede permitir con una adecuada reconversión poseer un espacio de convivencia solidaria que si hubiera de inventarse seguramente la oposición eficientista no lo permitiría. Son principios y valores como los de diversidad, convivencia y solidaridad los que pueden constituir una base sobre la que diseñar un proyecto de escuela para el futuro, si no es así, la escuela como herramienta técnica para instrucción cultural *va a morir*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AA.VV. (1996). ¿Existen hoy tendencias educativas?. *Cuadernos de Pedagogía*, 253, 10-13.